

1774

**E**

Selección de *Les Regles de la Bienséance et de la Civilité Chretienne*, (Ed. de 1774, p. 31.)

Es una falta gravísima hacer que dos personas de sexos diferentes se acuesten en la misma habitación; y si la necesidad obliga a ello, es preciso que las dos camas estén separadas y que el pudor no sufra en absoluto con esta mezcla. Solamente una gran pobreza puede disculpar esta costumbre.

Cuando nos veamos obligados a acostarnos con otra persona del mismo sexo, cosa que sucede raramente, es preciso comportarse con una modestia severa y vigilante...

Tras haber descansado suficientemente, una vez nos hayamos despertado, es preciso salir de la cama con la modestia más conveniente y no quedarnos en ella a charlar o entretenernos en otros asuntos... pues nada muestra de modo más claro nuestra pereza y nuestra ligereza. La cama sirve para el reposo del cuerpo y para nada más.

*PARTE II**OBSERVACIONES SOBRE LOS TEXTOS*

1. El dormitorio se ha convertido en uno de los ámbitos más «privados» y más «íntimos» de la vida humana. Al igual que la mayor parte de las funciones corporales, también el «dormir» es algo que se ha ido relegando cada vez más, a la trastienda del trato social. La familia nuclear es el último enclave legítimo socialmente sancionado que ha quedado de estas funciones, al igual que ha sucedido con muchas otras funciones sociales. Sus muros visibles e invisibles arrebatan a la mirada de los otros seres humanos los aspectos más «privados», más «íntimos» de los otros, esto es, la parte irrimprimiblemente «animal» de estos.

En la sociedad medieval esta función todavía no se había privatizado tanto, ni se había excluido de la vida social. Lo normal era recibir visitas en las habitaciones en las que había camas y, las camas, a su vez, según su tipo, tenían una función social de ostentación. Era muy frecuente que muchas personas pasaran la noche en la misma habitación; en la clase alta lo hacía el señor con sus criados y la señora con su doncella o con sus doncellas; en las otras clases solían dormir en la misma habitación hombres y mujeres juntos<sup>69</sup> y hasta también los huéspedes que allí pernoctaran<sup>70</sup>.

2. Quien no dormía con toda su ropa, se desnudaba por completo. Por regla general, entre personas seculares la gente solía dormir desnuda y en las órdenes monásticas, según la rigidez de la regla, lo hacían completamente desnudos o completamente vestidos. La regla de San Benito ordenaba a los monjes conservar su vestimenta y hasta el cinturón<sup>71</sup>, por lo menos a par-

tir del siglo vi en adelante. La regla de los cluniacenses, al hacerse la orden más rica y más poderosa y al debilitarse el ascetismo a partir del siglo XII, permitía que los monjes durmieran desnudos. En sus esfuerzos por la reforma, los cistercienses volvieron a la antigua regla benedictina. En ninguna parte encontramos que se haga mención a una vestimenta nocturna especial en las reglas de las distintas órdenes; tampoco hay testimonio de ella en los poemas e ilustraciones que nos ha legado la sociedad secular. Lo mismo cabe decir de las mujeres. Por el contrario, resultará relativamente sorprendente que alguien conservara la camisa de día al ir a dormir por la noche; esta práctica despertaba la sospecha de que el interesado o la interesada podían padecer alguna enfermedad o defecto corporal, pues ¿por qué otro motivo tendría alguien interés en ocultar su cuerpo?; y, de hecho, ésta era la razón en la mayoría de los casos. Por ejemplo, en *Román de la Violette* leemos que la criada pregunta asombrada a su señora por qué va a la cama con la camisa y ésta le contesta que es a causa de una señal corporal que tiene<sup>72</sup>.

Por lo demás, esta mayor naturalidad en cuanto a la exhibición del cuerpo desnudo, así como en relación con el límite correspondiente de la vergüenza, se manifiesta con especial claridad en las costumbres en el baño. A menudo se ha observado posteriormente con cierto asombro que los caballeros se hacían servir por mujeres en el baño y que igualmente se hacían llevar a la cama la bebida nocturna también por mujeres. Parece ser que la gente se desnudaba en la casa, antes de acudir a la de baños, al menos según la costumbre de las ciudades. «Cuántas veces», dice un observador, «atraviesa los callejones corriendo el padre desnudo, provisto de unos calzoncillos tan sólo, acompañado por su esposa desnuda y sus desnudos hijos, camino de la casa de baños. Cuántas veces he visto a las jóvenes desnudas y solas, o vestidas con una camisilla raída y un albornoz hecho jirones o bien con ese trapo que las cubre sólo por delante y por detrás y que la gente llama aquí *Badehr*. Éste se abre sobre los pies y las jóvenes se lo aprietan decentemente por detrás mientras van corriendo desde su casa a mediodía por los largos callejones, hasta la casa de baños. Al lado de ellas suelen correr los chicos desnudos de diez, doce, catorce y dieciseis años de edad»<sup>73</sup>.

Esta naturalidad va desapareciendo lentamente en el siglo XVI y, de modo más decidido en los siglos xvii, xviii y xix; primeramente en la clase alta y, luego, en todas las demás de la sociedad. Hasta ese momento, el estilo general de vida y la distancia menor entre los individuos hacen que la visión del cuerpo humano desnudo, al menos en los lugares más apropiados, sea incomparablemente más natural que en la primera fase de la Edad Contemporánea. Así, se ha podido decir, al menos con referencia a Alemania, que «tenemos el resultado sorprendente de que la visión de la desnudez completa era algo cotidiano hasta el siglo XVI. Todo el mundo se desnudaba por completo al ir a dormir y, además no había ningún tipo de tapujos en los baños calientes.»<sup>74</sup> Y esto no solamente era válido para Alemania. Los seres humanos tenían una relación mucho más natural con su cuerpo igual que con muchas de sus funciones corporales; incluso cabe decir que tenían

una relación infantil. Así lo muestran las costumbres y los hábitos en los baños.

3. La vestimenta nocturna especial comenzó a utilizarse aproximadamente en la misma época que el tenedor y el pañuelo de nariz. Al igual que los otros «utensilios» de la civilización, éste también hizo su camino lentamente a través de toda Europa. Y también es un símbolo del cambio decisivo que se dio entre los hombres en aquella época. Crecía la sensibilidad de los seres humanos en relación con todo aquello que entraba en contacto con su cuerpo. El sentimiento de vergüenza se adhería a modos de comportamiento que, hasta entonces no tuvieron nada que ver con tal sentimiento. También aquí se repite, como suele suceder en el curso de la historia, aquel proceso psíquico que ya aparece en la Biblia («y vieron que estaban desnudos y se avergonzaron») como un avance que es de los límites de la vergüenza, como un adelanto en la represión de los impulsos. Desaparece, por lo tanto, la naturalidad con que la gente se muestra desnuda, como también desaparece la naturalidad con que hace sus necesidades en público. A consecuencia de ese cambio generalizado en la apreciación social de la desnudez, también la representación del cuerpo desnudo en el arte alcanza un significado nuevo: pasa a convertirse en ilusión y realización de un deseo. Para *utilizar la expresión de Schiller, a diferencia de las formas naïfs* de la época anterior, ahora el arte se hace «sentimental».

En la sociedad cortesana francesa, en la que el levantarse y el acostarse de los grandes señores y señoras son actos inmediatamente relacionados con la vida social, también la camisa de noche, como cualquiera otra prenda que aparece en el trato entre los hombres, está hecha de modo ostentoso. Esto cambia poco a poco, a medida que, con el ascenso de otras clases sociales, el levantarse y el acostarse van convirtiéndose en actos más íntimos, excluidos del trato social de los seres humanos y reclusos en la intimidad de las familias.

Las generaciones de la postguerra y, en consecuencia, también los libros de buenos modales de la postguerra, miran con cierta ironía —y no sin algún estremecimiento que otro— a esta época pasada en la que se llevaba muy estrictamente la exclusión de la vida social de estas funciones naturales, como el dormir, el vestirse y el desvestirse y en la que, incluso hablar de estos temas, estaba sometido a prohibiciones relativamente estrictas. Un libro inglés de buenos modales de 1936<sup>75</sup> dice, quizá con cierta exageración, aunque, sin duda, con toda razón: «Durante la agradable época de la preguerra, hablar de las acampadas era el único medio por el que los escritores respetables podían abordar el tema de los héroes durmiendo. En aquellos tiempos, las señoras y los caballeros no iban a la cama por la noche, sino que se retiraban. Y cómo lo hacían no era asunto que interesase a nadie. El autor que pensara de otro modo, se hubiera encontrado excluido de las bibliotecas ambulantes». También aquí, durante la postguerra, se ha dado un movimiento en sentido contrario, así como una cierta flexibilidad de costumbres que, evidentemente, está relacionado con el aumento de movilidad social, con la difusión de los deportes, de las excursiones, de los viajes y también con el abandono, relativamente temprano, del hogar paterno por

parte de los jóvenes. La transición del camisón al pijama, esto es, a una vestimenta nocturna socialmente «más aceptable» es un síntoma de este cambio. Por supuesto, aquí no se trata de un movimiento en sentido inverso, como suele suponerse a menudo, esto es, como un retroceso de los sentimientos de vergüenza y de repugnancia, o bien de una liberación o ausencia de regulación de los impulsos, sino que se trata de constituir una síntesis social aceptable que dé cuenta al mismo tiempo del avance actual de las pautas de vergüenza, y de las situaciones específicas en las que sitúa al individuo la vida social de la actualidad. El hecho de dormir ya no es algo tan íntimo y tan rodeado de muros como en la fase anterior. Hoy se da un número mayor de situaciones en las que los hombres se exponen a la vista de los demás en el acto de dormir, de vestirse o de desvestirse. A consecuencia de esto, la vestimenta nocturna, al igual que la ropa interior, están hechas y cortadas de tal modo, que sus propietarios no hayan de «avergonzarse» cuando sean vistos por los demás en tales condiciones. La vestimenta nocturna de la fase anterior debía su falta de contorno y de elegancia a los sentimientos de vergüenza y de desagrado que provocaba, puesto que, en principio, sólo estaba destinada a que la viese el círculo familiar más estricto. La camisa de noche del siglo XIX es característica de una época en la que los sentimientos de vergüenza y desagrado que suscitaba la visión del propio cuerpo desnudo eran tan fuertes y estaban tan interiorizados, que era preciso esconder las formas corporales, incluso cuando uno estaba solo o en el círculo familiar más íntimo. Por otro lado, esta camisa de noche era el requisito más significativo de una época en la que lo «íntimo» y lo «privado», precisamente por estar muy separado de la vida social, también estaba muy poco configurado. Esta unión peculiar de un sentimiento de desagrado muy fuerte, convertido en una autocoacción o moralidad, junto a una «falta de configuración de la intimidad» es característica tanto de la sociedad del siglo XIX como de la nuestra<sup>76</sup>.

4. Los textos ofrecen una impresión aproximada de cómo va avanzando lentamente el intimismo y la privatización del acto de dormir así como su exclusión del trato social habitual y de cómo los preceptos de comportamiento que se dictan para los jóvenes adquieren su tono específicamente moral con estos avances de los sentimientos de vergüenza. En el caso del ejemplo medieval (texto A), la continencia que se exige al joven, pretende justificarse esencialmente con el respeto a los demás, con la consideración que se debe al «mejor», al hombre que se encuentra en superior rango social: «Y si viene a pasar, durante la noche o en otro momento, que has de acostarte con alguna persona de rango superior, pregúntale qué lado de la cama le gusta más y acuéstate tú en el otro, que darás prueba de educación», igualmente, en la versión francesa de la obra de Johannes Sulpicius, realizada por Pierre Broë (texto C), se adopta la misma actitud: «...cuídate de incomodarle en modo alguno (a la persona que está acostada junto a ti)...procura que no se despierte por causa tuya, etc». En Erasmo ya resuena la exigencia moral; esto es, la exigencia de que se adopte un comportamiento determinado, no por respeto a otras personas, sino en virtud del propio comportamiento: «Cuando te desnudas y cuando te acuestas, acuérdate del pú-

dor». No obstante, sigue siendo dominante la referencia a la moral social convencional, a la consideración que debemos a los demás. El contraste con las épocas posteriores resulta especialmente evidente cuando se recuerda que todos estos preceptos, incluso los del doctor Paler (texto A), evidentemente se dirigían a personas que entraban desnudas en la cama. El hecho de que gentes extrañas, sin ningún tipo de relación de vivienda o de familia, durmieran en el mismo lecho parece ser perfectamente natural aún en tiempos de Erasmo, a juzgar por el modo en que se trata la cuestión y, desde luego, no resulta desagradable.

Los textos del siglo xviii no reflejan una evolución rectilínea por la sencilla razón de que ya no se dirigen mayoritariamente a la clase alta. Pero, entre tanto, se ha hecho mucho menos natural que un joven comparta su cama con otras personas: «Cuando a causa de una necesidad de fuerza mayor estemos obligados a acostarnos en un viaje junto a otra persona del mismo sexo, no es conveniente acercarse tanto que lleguemos a incomodar al otro e, incluso, a tocarle», se dice en el texto de La Salle (texto D). Y «no debemos... desnudarnos ni acostarnos ante persona alguna».

En la edición de 1774 vuelven a evitarse todos los detalles en la medida de lo posible; además, el tono se ha endurecido considerablemente: «Cuando nos veamos obligados a acostarnos con otra persona del mismo sexo, cosa que sucede raramente, es preciso comportarse con una modestia severa y vigilante...» (texto E). En realidad, este es el tono subyacente en todo precepto moral. Hasta mencionar las justificaciones resulta ahora desagradable a los adultos. Lo único que se hace es valerse del tono amenazador para inculcar a los niños la idea de que esa situación conlleva peligros. Cuanto más claro les parece a los adultos que sus pautas de pudor y de vergüenza son «naturales» y que la represión civilizada de los impulsos es algo «evidente», menos comprenden, en un cierto momento del desarrollo, que los niños no tengan «por naturaleza» ese sentido del pudor y esa vergüenza. Es lógico, por tanto, que inevitablemente, los niños estén siempre rozando los límites del pudor de los adultos; inevitablemente, los niños transgreden los tabúes de la sociedad —lo que no es de extrañar, ya que primeramente han de socializarse—, superan los límites de pudor de los adultos y, en sus manifestaciones emotivas, incurren involuntariamente en la zona de peligro que los adultos han conseguido dominar laboriosamente. En esta situación, el adulto no explica la razón por la que exige del niño un comportamiento determinado; no podría hacerlo de un modo satisfactorio, por lo demás, puesto que está condicionado de modo tal que se adapta a las pautas sociales convencionales de una forma más o menos automática. Cualquier otro tipo de comportamiento, todo quebrantamiento de las prohibiciones o de la represión en la propia sociedad implica un peligro y una desvaloración de la represión a que él mismo se ha sometido. El acento emocional peculiar que tan a menudo suele unirse a la exigencia moral, la intensidad agresiva y amenazante con la que, a menudo, suele defenderse esta exigencia moral son reflejos del peligro en que el quebrantamiento de las prohibiciones pone al equilibrio inestable de todos aquellos para quienes la pauta de comportamiento de la sociedad ha llegado a convertirse, po-

co más o menos, en una segunda naturaleza; son los síntomas del miedo que les invade en cuanto haya una amenaza, por lejana que sea, para la estructura de su vida impulsiva y, con ello, para su existencia social y el orden en que se manifiesta su propia vida en sociedad.

En esta situación se explica toda una serie de conflictos específicos entre los adultos; especialmente también los conflictos entre unos padres generalmente poco preparados para realizar la labor de condicionantes y los niños, conflictos que se producen con el avance de los límites del pudor y con la distancia creciente entre mayores y pequeños y que, en gran medida, se fundamentan en la estructura de la sociedad civilizada. Esta situación se manifiesta relativamente tarde y sólo a través de una reflexión nueva de la sociedad, en especial por parte de círculos sociales restringidos, concretamente de educadores profesionales, y solamente en esta época, a la que se ha llamado el «siglo de los niños», va penetrando en los círculos familiares —acompañada de todo género de consejos y preceptos educativos— la convicción de que los niños no pueden comportarse como adultos; convicción ésta acorde con el aumento de distancia entre los mayores y los pequeños. Para todo el largo período anterior la actitud dominante es una más estricta, que exige de los niños un comportamiento moral y un respeto absoluto a los tabúes sociales. Tampoco podemos decir que esta actitud haya desaparecido por entero en la época actual.

Los textos sobre el comportamiento en el dormitorio nos ofrecen una impresión del retraso con que ha alcanzado su culminación la tendencia a esta actitud en la educación secular, por lo menos en ámbitos parciales.

Apenas si es necesario detenerse a considerar la línea de esta evolución. Al igual de lo que sucede con las comidas, también aquí va creciendo de continuo el muro que se eleva entre los seres humanos, los escrúpulos, la línea afectiva divisoria entre los cuerpos, que se traza por medio de los procesos de condicionamiento. Cada vez resulta más desagradable compartir la cama con personas ajenas al círculo familiar, esto es, con personas extrañas. En los ambientes que no son muy míseros va implantándose poco a poco la costumbre, incluso dentro de las familias, de que cada uno tenga, incluso, su dormitorio. Los niños se educan tempranamente en este alejamiento de los demás, en este aislamiento con todo lo que supone de costumbres y de experiencias. Solamente cuando se ve que en la Edad Media parecía natural que los adultos y los niños o, incluso, los adultos extraños compartieran la cama, podemos calibrar el cambio profundo de las relaciones y formas de comportamiento interhumanas en nuestro orden de vida. También podemos entender que, en el fondo, no es nada evidente que la cama y el cuerpo constituyan zonas de peligro psíquico de un grado tan elevado como se supone en la etapa más moderna de la civilización.